

Imperialismo ¿acaso invencible?

Hernán Félix Cuello

Voces cipayas

En el genocidio del Golfo, uno de los peores del siglo, el imperialismo empleó armas que incorporaron al lenguaje corriente palabras tales como "bombas inteligentes". Esas nuevas armas confirman la superioridad técnico-militar y la voluntad belicista, principalmente de los gendarmes yanquis.

Con la guerra, además de poner una doble cadena a las masas de Medio Oriente —la de Saddam Hussein, que sigue, y la de los cien mil soldados invasores, que permanecen— el imperialismo logró, como su mayor conquista política, contrarrestar el "síndrome de Vietnam".

Durante quince años, la ominosa memoria de la paliza sufrida en el Sudeste asiático condicionó a Washington para lanzar sus zarpazos militares en el mundo. El presidente norteamericano ahora festeja "haber enterrado en las arenas del desierto el fantasma de Vietnam", del mismo modo que los capitalistas franceses celebran el entierro de su fantasma de Dien Bien Phu.

Policía del globo

Norteamérica se propone, a partir de este resultado, redoblar sus intervenciones militares como policía del globo. El ministro de Defensa, Dick Cheney, dijo el 6 de febrero: "Debemos mantener nuestra capacidad para controlar los océanos, cumplir los compromisos con Europa y el Pacífico y desplegar fuerzas, ya sea en Asia o en Panamá, para defender las vidas y los intereses norteamericanos".

Como parte de esta política, Washington cultiva a través de sus agentes y sus medios de propaganda una campaña que martilla sobre los trabajadores y pueblos oprimidos la idea de que su poderío militar lo hace invencible.

Instrumento destacado de esa campaña es el arco de gobernantes semi-coloniales y de burócratas de todo pelaje, integrado por los Mubarak, Menem, Walesa, Lula, socialdemócratas y stalinistas conversos.

Ellos actuaron como factor político que facilitó o directamente apoyó el genocidio del Golfo y hoy son agentes de la confusión, diciendo que el imperialismo es "todopoderoso". Machacan que "no se puede" dejar de pagar la deuda externa, "no es realista" o "es antiguo" resistir.

El objetivo es minar la lucha antiimperialista. Mientras Bush amenaza a diestra y siniestra desde la Casa Blanca, las voces cipayas le hacen eco, repitiendo: no luchemos o seremos destruidos desde la estratósfera, como Irak.

La insidiosa campaña se basa en mistificar, confundir y ocultar las más importantes causas de la derrota del Golfo. Ellas no son la superioridad en bombas y aviones, que el imperialismo siempre tuvo, sino los factores políticos que, en esta ocasión, jugaron a su favor y le permitieron emplear alevosamente esa superioridad.

Nos ganó primero la conciencia de las masas

Para poder desplegar y disparar sus "armas inteligentes", el imperialismo necesitó, como condición indispensable, librar —y ganar— una batalla crucial: introducir en los trabajadores y las masas de Estados Unidos, Europa, la Unión Soviética, Japón, el Tercer Mundo e incluso en amplios sectores de Oriente Medio la falsa idea de que el objetivo de su guerra era justo.

La verdadera Guerra del Golfo es la que, ante todo, el imperialismo ganó en la conciencia de las masas, sobre todo estadounidenses, confundíndolas con que Saddam era un nuevo y peligrosísimo Hitler, que comandaba

el cuarto ejército del mundo.

Desde luego, Saddam, un dictador semicolonial, no era Hitler, ni su ejército podía hacerle sombra al de Estados Unidos, ni su pueblo lo apoyaba fervorosamente. Pero la propaganda del imperialismo y sus secuaces mintió sistemáticamente. Repitió en cadena por todo el mundo que Saddam se apropiaría del petróleo planetario y del Medio Oriente; que sus fuerzas disponían de armas atómicas y de refugios inexpugnables; que a su pueblo fanatizado no le importaba morir y lo seguía ciegame.

Sólo cuando el imperialismo se sintió seguro de haber convencido con esas mentiras a grandes sectores de masas, logrando la aprobación, así sea pasiva, la neutralidad o la indiferencia en los principales países, se sintió con las manos libres para apretar los botones.

Para lanzar su guerra, el imperialismo debió cumplir con los mecanismos que caracterizan a su régimen democrático reaccionario. No pretende porque le resulta imposible, lograr el apoyo entusiasta y la movilización de las masas. Pero sí su confusión, su aprobación pasiva y su neutralidad.

Con ese requisito alcanzado, se lanzaron los misiles. La supuesta "madre de todas las guerras" fue una masacre de población civil, la destrucción de Irak hasta llevarlo —como reconoce la ONU— a la "era preindustrial" y la aniquilación de un ejército desmoralizado, hasta el punto exacto que el cálculo político imperialista lo decidió. Todo ello sin sufrir casi bajas.

El factor político es determinante

En el Golfo se confirmó, desgraciadamente por la negativa, que el factor político es determinante en este tipo de guerras. Un bando puede tener ventaja en técnica y armas, pero para usar esa ventaja necesita que su pueblo se lo permita. Y otro bando puede tener una gran desventaja militar, pero si su

lucha, su bandera y su programa son limpios, convence con ellos a sus masas y, principalmente, a las del bando enemigo, puede triunfar.

En este sentido hay ejemplos notables. Después de la Revolución Rusa de 1917, la nación, gobernada por Lenin y Trotsky, no tenía ejército organizado y fue invadida por catorce países imperialistas, entre ellos, los más poderosos. Fue la inmensa superioridad política de la bandera socialista sin manchas y de sus dirigentes; lo que les permitió ganar el apoyo entusiasta de los trabajadores del mundo y de los propios soldados enemigos. Sobre esa base pudieron ganar la guerra.

Otro caso histórico impresionante fue el de Vietnam. Su desventaja frente a los superbombarderos que descargaban napalm era tan o más pronunciada que la de Irak. Pero la pequeña nación alzaba la bandera de una justa revolución. Con ella ganó a las masas, en primer lugar de los Estados Unidos, que se movilizaron y obligaron a sus gobernantes a dar marcha atrás en la guerra imperialista.

Saddam hizo un Vietnam al revés

No es tan difícil establecer por qué razones Irak fue, en cambio, un Vietnam al revés. Se combinaron varias causas políticas. Entre ellas, que el imperialismo obtuvo una colaboración infame de los gobiernos semicoloniales y de las burocracias, en primer lugar de la URSS y China, que le otorgaron a su agresión la cobertura legalista de las Naciones Unidas.

Pero ese y otros elementos son complementarios de la causa de fondo, cuyo nombre y apellido es Saddam Hussein. No se trata solamente de que condujera la guerra en forma desastrosa, sin tomar medidas políticas que podrían haber modificado su curso. Se trata, principalmente, de lo que en sí mismo es Saddam Hussein: una dictadura semicolonial bonapartista, que no podía merecer más que desconfianza y odio de las masas, aún cuando en un momento enfrentara al imperialismo. En ese sentido, su caso es similar al del argentino Galtieri y el panameño Noriega, responsables,

también, de las derrotas de sus países.

Saddam Hussein no podía levantar una bandera limpia. Sus mayores "hazañas" habían sido un millón de muertos que provocó en la guerra de rapiña de ocho años contra Irán, hecha por encargo del imperialismo, así como la masacre del pueblo kurdo.

No es casual entonces, que las masas norteamericanas y europeas fueran confundidas por el imperialismo; que pueblos de importancia decisiva en Medio Oriente, como los de Egipto e Irán, casi no se movilizaran contra la agresión; o que el propio pueblo y ejército iraquí estuvieran desmoralizados y, probablemente, con sectores como los kurdos y los shiitas —que antes y después de la guerra fueron víctimas de Saddam— oponiéndose.

No hay que deducir, de todo ésto, que fuera un error de nuestra parte aliarnos junto a Irak, contra el imperialismo. Fue justo que apoyáramos a la nación semicolonial frente al enemigo contrarrevolucionario. Y fue justo que lo hiciéramos a pesar de y sin confiar en Saddam Hussein. Si no hubiéramos actuado de ese modo habríamos sido parte de las direcciones políticas y sindicales centristas que, absteniéndose, colaboraron con la política imperialista. En cambio, nosotros contribuimos a que importantes sectores de vanguardia en los Estados Unidos, Europa, Japón o Latinoamérica, y de masas en Medio Oriente lucháramos por empantanar la agresión e impedir el genocidio.

Nos derrotaron y ello es responsabilidad principal de Saddam Hussein. Es correcto que hoy establezcamos esa responsabilidad. Nos sirve para reconocer que no siempre el imperialismo podrá repetir nuevos Irak. No siempre tendrá delante suyo a adversarios hechos a su medida. No siempre habrá dictadores semicoloniales interponiéndose.

No es invulnerable

La derrota iraquí ha confirmado, por la negativa, la validez del objetivo trotskista de ganar la conciencia de las masas en los países avanzados. El programa de la LIT-CI lo proclama clara-

mente: "Toda la acción de la Cuarta Internacional y los luchadores revolucionarios del mundo debe estar dirigida a despertar o reconstruir la conciencia internacionalista revolucionaria de los obreros de los Estados Unidos, Rusia, Europa Occidental y Japón. Su atrasada conciencia actual es el único obstáculo para terminar de derrotar al imperialismo".

Si durante la Guerra del Golfo las masas de esos países se hubieran levantado por Irak contra el imperialismo, éste habría sido derrotado. Cuando ello ocurrió en Vietnam, la derrota le produjo un "síndrome", que le duró quince años. Y si la conciencia de los obreros y las masas yanquis hubiera seguido avanzando después de Vietnam, el imperialismo no habría vuelto a levantar cabeza.

Esto muestra que el imperialismo no es invulnerable ni todopoderoso. Cuando progresa la conciencia política internacionalista y revolucionaria de los trabajadores en los principales países, el imperialismo quedará mermado desde adentro.

El triunfo obtenido por el imperialismo en Irak tiene límites precisos. Ganó, pero no ha podido estabilizar a ninguna zona del mundo, ni siquiera al propio Medio Oriente. Esto significa que hay y habrá nuevas luchas, enfrentamientos y, eventualmente, guerras y revoluciones.

Nos parece improbable que el imperialismo pueda encontrar en todas ellas las condiciones políticas que le permitieron ganar en el Golfo. Cuando enfrente a grandes movilizaciones, cuando choque contra revoluciones obreras y populares, cuando pretenda intervenir contra países oprimidos que luchen por liberarse con banderas sin manchas, difícilmente habrá las mismas condiciones que hubo en Irak.

Los trotskistas intervendremos como siempre en esos procesos, con la meta de "despertar o reconstruir la conciencia internacionalista revolucionaria" de los obreros de Estados Unidos, la URSS y las principales potencias.

Entonces, el resultado quizá será otro.